

UN MÉDICO SINGULAR DE LA ARMADA

(Extraído y adaptado del artículo “Benito Francia y Ponce de León, un médico singular de la Armada”, autor Miguel Gracia Rivas. Revista de Historia Naval núm. 115, pp. 71-84, del IHCN).

Entre los miembros del desaparecido cuerpo de Sanidad de la Armada que, durante siglos, prestaron servicio a bordo de nuestros buques, hubo algunos personajes que compaginaron sus actividades sanitarias con otras de la más variada índole.

El elevado número de candidatos que concurrían a las oposiciones del cuerpo, estimulados por el prestigio que entrañaba formar parte del mismo, y la cuidadosa selección de quienes llegaban a vestir su uniforme, hizo posible que muchos de sus miembros destacaran como catedráticos, científicos, artistas, escritores e, incluso, como políticos. Entre ellos incluimos a don Benito Francia y Ponce de León, nacido en 1854 en la localidad riojana de Alberite

Opositó al cuerpo de sanidad de la Armada con la calificación de «sobresaliente», siendo nombrado segundo médico supernumerario de la Armada, en 1874. La incorporación en la que ingresó Benito Francia era la heredera de aquel prestigioso Cuerpo de Cirujanos de la real Armada, del colegio de cirugía de Cádiz, siglo XVIII.

Las repercusiones que los combates de San Vicente y Trafalgar tuvieron en la Armada, junto con las consecuencias de aquellos años de abandono impuestos por los trágicos acontecimientos que se vivieron durante la Guerra de la Independencia, sumieron al real colegio y al cuerpo de cirujanos en un proceso de degradación que alcanzó su máxima expresión cuando, por una real orden de 31 de octubre de 1831, se dispuso la completa separación y la total independencia entre el colegio y el cuerpo, despojando así a este de un centro indispensable para la formación de los hombres encargados del mantenimiento de la salud de las dotaciones de los buques. A partir de ese momento, las dificultades fueron enormes para lograr médicos que quisieran embarcar, a pesar de que se ensayaron distintas fórmulas con que dar respuesta a las necesidades de una Armada que comenzaba el camino de su recuperación.

La situación mejoró notablemente tras la reforma a la que fue sometido el cuerpo, al que se le dio el nombre de «Cuerpo de Sanidad de la Armada», y de una manera especial tras las medidas adoptadas en 1869 por el general Serrano, que le dotó de un reglamento orgánico y de una plantilla que fijaba en 159 el número de médicos que lo componían.

Volvió a resurgir la ilusión, el número de aspirantes creció sensiblemente, se crearon nuevas especialidades y se logró transmitir a los nuevos oficiales la necesidad de complementar sus labores asistenciales con una inquietud científica encaminada a la permanente actualización de sus conocimientos y a la incorporación de las más modernas tecnologías

Se dotó a los hospitales navales de «bibliotecas especiales de consulta»; se creó el Boletín de Sanidad Naval, que fue el cauce de expresión de este movimiento de renovación del cuerpo, y se estimuló la celebración de sesiones científicas en todos los hospitales, en las que eran presentadas las Memorias que, con carácter obligatorio y sobre los más diversos aspectos sanitarios, debían elaborar todos los miembros del cuerpo

Su primer destino fue el hospital de Ferrol, donde desempeñó diversas funciones hasta que, el ese mismo año, embarcó por vez primera en la goleta *Buenaventura*, perteneciente a la Escuadrilla de operaciones del Cantábrico. Después embarcó en la corbeta África y, en 1876, fue destinado al apostadero de Filipinas. Tenía 22 años.

Cuando el joven Benito Francia fue enviado a Filipinas, el número de médicos de la Armada que ocupaban destino en aquel archipiélago alcanzaba la cifra de treinta, lo que representaba un porcentaje en torno al 20 por 100 del total de miembros del cuerpo.

Los médicos allí destinados eran jóvenes oficiales voluntarios a esos destinos no exentos de riesgos, el más común de los cuales era contraer una enfermedad que, en aquella época, solía dejar graves secuelas, cuando no ocasionaba la muerte. Pero, además, los enfrentamientos provocados durante el proceso de ocupación de las islas y algunos levantamientos insurreccionales habían convertido a las Filipinas en el escenario con el mayor número de bajas del cuerpo de sanidad de la Armada.

Benito Francia permaneció tres años y embarcó en el vapor *Patiño* y en las goletas *Sirena* y *Valiente*, aunque el destino de mayor duración fue el desempeñado en Davao, sin lugar a dudas el que dejó una huella más profunda en su ánimo.

Davao, al sur de la isla de Mindanao, disponía de una pequeña estación naval, con algunas falúas de vela y una compañía disciplinaria. Benito señalaba del lugar que «por efecto de las abundantes lluvias, medio pueblo se convirtió en pantano y el paludismo surgió en considerables proporciones». La compañía disciplinaria, compuesta por unos 118 hombres, tuvo que dedicarse a roturar terrenos en penosas condiciones, sufriendo las consecuencias de la enfermedad, que contrajeron 73 hombres de los que fallecieron ocho. «Me acordaré siempre de aquella época —afirmaba Francia—, tres meses sin sulfato de quinina más que para las grandes solemnidades, es decir, cuando peligraba la vida de algún enfermo (...) Agregad a esto mala alimentación, mal servicio sanitario y malas condiciones higiénicas y podréis apreciar la situación del médico y de los penados» con la experiencia de aquellos meses, redactó cuidadosamente una memoria: «Del paludismo. Estudio clínico sobre algunas fiebres palúdicas»>>

El trabajo de Francia llamó la atención de sus superiores, y el subinspector de la sanidad del apostadero lo elevó al jefe superior del Cuerpo de Sanidad de la Armada, quien, como era preceptivo, lo sometió a la consideración de la Junta superior Facultativa y Económica del cuerpo. El informe emitido fue muy curioso, pues señalaba que era «un trabajo todo lo completo y perfecto posible, dadas las condiciones del autor», aunque matizando en relación con el mismo que, «por más que sea un aprovechado e inteligente oficial, carece todavía de los sólidos fundamentos de la práctica y experiencia para tratar cuestiones tan importantes y difíciles», a pesar de lo cual consideraban que se había hecho acreedor «a una recompensa por su aplicación, laboriosidad y conocimientos demostrados, anteriormente, en trabajos análogos». (*La aplicación y laboriosidad del autor eran evidentes, como demuestra el hecho de que, durante su estancia en las islas, presentó también un trabajo sobre «la úlcera atónica» y otro sobre «ligadura de la arteria radial» en sesiones celebradas en el transcurso del año 1877*).

Da la impresión de que sus acertadas opiniones sobre el paludismo no eran compartidas plenamente por los miembros de la Junta, a pesar de lo cual el 18 de junio de 1879 fue recompensado con la cruz del Mérito Naval, la segunda que recibía en sus cuatro años de permanencia en la Armada. En enero de 1880 fue destinado a la Península, a un buque con base en Cádiz, pero, acuciado por la nostalgia de las experiencias vividas en ultramar, logró ser nuevamente destinado a las Filipinas dos meses después.

De aquella fugaz estancia en Cádiz nos ha quedado la reseña de su intervención en la sesión académica celebrada en el hospital de San Carlos el 21 de marzo de 1881, en la que presentó la memoria titulada «Unas palabras sobre el paludismo»>>. Al llegar embarcó en la corbeta *Vencedora*.

Durante esta etapa ascendió a primer médico de la Armada y recibió su bautismo de fuego a bordo de la “Vencedora” con motivo de las operaciones desarrolladas contra los piratas «moros», en el transcurso de la que fue conocida como «tercera expedición a Joló».

Reunidos todos los buques en la rada de Joló, el 27 de octubre de 1882 se dirigieron hacia el seno de Tu-Tu, donde desembarcaron al amanecer del día 29, estableciéndose en la playa un hospital de sangre que fue encomendado a Francia. Actividad que desempeñó en otras playas y en los bosques próximos.

Que su participación en esta campaña había sido brillante lo demuestra el hecho de que fuera repetidamente condecorado. Así, por real orden de 7 de marzo de 1883 le fue concedida la cruz del Mérito Naval con distintivo rojo, por su actuación en las operaciones desarrolladas en la isla de Joló, y el capitán general del archipiélago se sirvió «darle las gracias, manifestándole su complacencia por los extraordinarios servicios prestados en Joló y rancherías próximas». Por otra parte, tras su regreso a la Península, a propuesta del ministro de Marina le fue concedido por el de la Guerra el empleo de médico mayor del Ejército «como recompensa a los méritos contraídos en Filipinas», con antigüedad de 10 de septiembre de 1886.

Al margen de los hechos de armas que dieron lugar a estos reconocimientos, Benito Francia tuvo que enfrentarse a bordo de la *Vencedora* a la epidemia colérica que azotó las Filipinas, logrando que no hubiera ningún caso entre la dotación, a pesar de «haber desempeñado delicadas comisiones en focos infestados»>

En octubre de 1883, tras desembarcar de la *Vencedora*, pasó destinado a la estación naval de la Isabela, en la isla de Basilán, donde permaneció hasta febrero de 1885. Allí, junto a sus actividades militares, se dedicó a atender a cuantas personas, indígenas o españolas, reclamaron sus servicios, sin aceptar nunca ninguna retribución

No es de extrañar, por lo tanto, que de resultas del expediente le fuera otorgada la encomienda de número de la orden de Isabel la Católica, con fecha de 8 de octubre de 1886.

En 1882 expuso en el hospital de Cavite su «Proyecto de un sanatorium militar», en el que abogaba por la creación en Filipinas de un establecimiento destinado a la recuperación de aquellos enfermos que, hasta ese momento, debían ser evacuados a la Península. Aunque mayor repercusión tendría la memoria que presentaría posteriormente con el título de «Estudios sobre el cosmopolitismo humano».

En 1885, Benito dio por finalizada su segunda estancia en las Filipinas y se trasladó a Barcelona. En Madrid se dedicó a preparar la edición de su obra sobre el cosmopolitismo humano. La obra, defendía la necesidad del mestizaje para impulsar la civilización, ante la dificultad que la raza blanca había demostrado para adaptarse a ciertos climas extremos.

Contrajo matrimonio y partió hacia Manila para incorporarse, en teoría, a su nuevo destino, de «médico inspector de sanidad» en la secretaría del Gobierno General, una plaza expresamente creada para él, con la categoría de jefe de administración de segunda clase.

Que los cometidos no eran exclusivamente sanitarios lo demuestra el que, poco después, fuera designado «segundo jefe de la secretaría del Gobierno» y que la desempeñara con carácter interino durante varios meses. Fue también «Inspector general de Beneficencia y sanidad», precisamente en la Dirección General de la Administración civil de las islas.

Tomó decisión de abandonar definitivamente unas islas a las que había estado vinculado durante veinte años, a través de su actividad como médico de la Armada y como inspector de sanidad al servicio de la Administración civil, aunque su presencia se hizo sentir en otros muchos ámbitos.

El 26 de febrero de 1896 abandonó definitivamente Manila. A partir de aquí desempeñó diversos cargos políticos alternando con otros en la Armada. En 1910 falleció en Peralta a la edad de cincuenta y seis años. Desaparecía así un personaje destacado que fue, ante todo, un médico de la Armada, ya que, aunque una parte importante de su actividad profesional se desarrolló en el ámbito de la Administración civil, nunca perdió su vinculación con el cuerpo en el que había ingresado muy joven y en el que forjó su carácter.

Capitán de Navío Eduardo Bernal González-Villegas, IHCN, Radio 5 Todo noticias

Resumen.

Entre los miembros del desaparecido cuerpo de Sanidad de la Armada que, durante siglos, prestaron servicio a bordo de nuestros buques, hubo algunos que compaginaron sus actividades sanitarias con otras de la más variada índole, siendo catedráticos, científicos, artistas, escritores e, incluso, políticos. Entre ellos se encuentra don Benito Francia y Ponce de León.